

# Editorial

## Deontología en neurocirugía

“Vive como al momento de morir quisiera haber vivido”

En una parábola asiática, cuatro hombres ciegos tentaron a un elefante, uno el colmillo, otro la trompa, otro una pata y otro la cola y cada uno de ellos dio una descripción de su impresión personal, totalmente falsa de la realidad de lo que es un elefante. Pareciera que esta situación no ha variado y en la actualidad se presenta al progreso científico como panacea para todos los problemas de la humanidad por el grupo optimista, o como la conjunción de los deseos de un grupo de individuos malignos, especie de brujos medievales de cuento, empeñados en destruir a la humanidad para satisfacer su vanidoso capricho.

También otro punto de vista aplicado a la medicina, en particular de forma importante, es el de un grupo de desalmados mercaderes preocupados solamente en usar máquinas costosas inútiles y dañinas con el sólo objeto de obtener enormes cantidades de dinero que les permita una vida de ideal cinematográfico.

Por último, otras personas consideran que todo se trata de una gran estafa, que los científicos son en realidad unos estúpidos disfrazados o unos adultos con actitudes pueriles que no sirven más que como personaje de diversión en comedias o series de televisión. La ciencia y la tecnología caracterizan el desarrollo de nuestra sociedad durante un periodo de tiempo que se puede estimar en alrededor de 300 años que, desde luego, no es muy extenso si se le compara con la historia de la humanidad. Su desarrollo se da principalmente en Europa, después en Estados Unidos de Norteamérica y se extiende luego por todo el mundo. Ciertamente, ese desarrollo ha contribuido a mejorar nuestros niveles de vida, a eliminar epidemias como la peste y otras enfermedades de carácter mortal; a casi duplicar el promedio de vida, y a alcan-

zar logros culturales, de gran trascendencia tanto en la ciencia como en el arte. Pero los valores de esta civilización han sido puestos en duda. Y, aunque tal cuestionamiento ya se planteaba antes, de ninguna manera se daba en forma tan extendida como en los últimos años. Casi se puede hablar pues, de una crisis de la civilización.

Surge aquí la pregunta de si esta crisis es un síntoma de envejecimiento que presagia el fin de la civilización occidental, ya sea por el aniquilamiento que resultaría de una guerra nuclear o por una especie de desintegración interna de la propia sociedad, o si se trata sólo de una manifestación de los dolores del crecimiento, en cuyo caso, después de las tormentas y tensiones de la adolescencia cuando se hizo mucho sin pensar en las consecuencias futuras la crisis representaría una transición hacia la madurez plena.

No está de más reflexionar sobre la historia de la ciencia y la tecnología. Esta última es mucho más antigua que la ciencia y se encuentra ya en el periodo greco-romano, y en los chinos primitivos.

Entonces se reducía casi por completo a la manufactura de herramientas como el arado, el molino de agua o la fabricación de embarcaciones. Casi todo el trabajo era manual y la sociedad se sustentaba en la explotación de la mano de obra de esclavos. Fue sólo en la Edad Media cuando la tecnología cobró mayor importancia debido al crecimiento de las ciudades y a la necesidad de abastecerlas de alimento, vestuario y otros bienes de consumo. Tanto el tráfico y el transporte como la fabricación de herramientas necesitaron ser más eficientes.

Definitivamente, la tecnología es anterior a la ciencia por la sencilla razón de que ésta requiere de instrumentos.

Galileo necesitó un telescopio, Copérnico y

Tycho Brache necesitaron aparatos para medir las estrellas y sus movimientos. De alguna manera la ciencia surge como consecuencia de la tecnología, y la estrecha relación que ahora advertimos entre ellas es un resultado posterior. Uno de los primeros ejemplos en los cuales la ciencia precedió a la tecnología es el motor eléctrico. En 1834 y 1835, M. Faraday, F. Newman y W. Weber descubrieron las leyes de la electricidad y el magnetismo, y fue sólo veinte años después, cuando Werner von Siemens construyó el primer motor eléctrico y el dinamo. Aunque hoy en día se dice que las cosas marchan más rápido, ello no es cierto. Por ejemplo: el lapso de tiempo entre el descubrimiento del neutrón y el primer reactor nuclear también es de alrededor de veinte años. Ello se explica por dos factores de cuyo equilibrio resulta el avance científico y tecnológico por un lado, los problemas de investigación son cada vez más complejos y difíciles, y por otro, el número de científicos es cada vez mayor. Desde luego, hay ejemplos en los cuales la transición se dá más rápida a más lentamente, pero es de dudar que exista una verdadera aceleración en su ritmo de avance.

Por otra parte, la aplicación práctica de los descubrimientos científicos casi nunca han surgido de la intención de llegar a dicha aplicación: cuando Hertz descubrió la radiación electromagnética, nunca pensó en el radio  $\frac{3}{4}$  cuando Rutherford descubrió la radioactividad no pensó en la investigación oncológica, y cuando Chadwick descubrió el neutrón, jamás pensó en los reactores nucleares ni en la bomba.

Hoy se observa una muy cercana relación simbiótica entre tecnología y ciencia: la tecnología necesita de la ciencia para seguir desarrollando sus métodos y la última necesita de la primera para la construcción de sus instrumentos. El vínculo entre una y otra aparece claramente al considerar que los avances científicos y tecnológicos van de la mano: unos son imposibles sin los otros.

La existencia de átomos y moléculas en el universo fue uno de los descubrimientos más importantes del siglo XIX y condujo a la creación de la industria química. Además, la formulación de las leyes de la termodinámica y el reconocimiento de que el calor es un movimiento molecular aleatorio, llevaron al desarrollo del motor de vapor y de otras máquinas de calor. Por último, el tercer descubrimiento de importancia, durante el siglo XIX, fue la relación entre electricidad, magnetismo y luz, que condujo a la industria eléctrica, la iluminación, los motores y la comunicación, entre otros adelantos. En el siglo XX el desarrollo científico y tecnológico alcanzó un mayor grado. La estructura

interna del átomo reveló a través de la mecánica cuántica y se puso en evidencia que el átomo es esencialmente un fenómeno eléctrico. En un principio, la mecánica cuántica fue considerada como una ciencia muy esotérica, que manejaba conceptos abstractos, pero muy pronto se vio que tenía un enorme valor práctico: se convirtió así en la base de la ciencia de materiales, engendró la electrónica, los transistores, semiconductores, computadoras y dio lugar a una basta expansión de la industria química.

Después, en 1930, la ciencia penetró al centro del átomo, al núcleo atómico. Este fue el paso hacia un nuevo reino de la naturaleza. Los procesos nucleares no se presentan sobre la superficie de la tierra, pues los intercambios de energía son tan pequeños que no provocan reacciones nucleares. Las únicas excepciones son las sustancias naturalmente radioactivas, pero éstas son residuos del tiempo en el que la materia terrestre fue lanzada al espacio por la explosión de una supernova. Son las últimas ascuas de aquel fuego cósmico.

En todo caso, los procesos nucleares son esenciales en la explicación de lo que sucede sobre la tierra, pues ocurren en el centro de las estrellas y suministran energía para la radiación. La energía solar es de origen nuclear. En este sentido, la transición entre la física atómica a la física nuclear se puede considerar como un salto al cosmos.

Estos procesos extraterrestres pueden ser generados en la tierra por medio de la tecnología nuclear o mediante aplicaciones de la radioactividad, tanto en medicina como en la ciencia de materiales. Por desgracia, también tienen aplicaciones de orden militar, pues de esta manera es posible extraer del átomo varios millones de veces más energía que por medios químicos. El poder de la tecnología se hizo millones de veces mayor tanto para su uso benéfico como para fines destructivos. La ciencia y la tecnología se desarrollaron constantemente, durante el último siglo, tanto en velocidad como en su amplitud. Es un aumento exponencial cuya influencia se observa en todos los componentes de la sociedad: en nuestra forma de vida, en la manera de pensar y en nuestro juicio filosófico. Todo se ha cimbrado hasta su centro. ¿Cuáles son los efectos de este desarrollo? En primer lugar, la sociedad tecnológica produjó un reagrupamiento social: el artesano fue reemplazado por el obrero. Por otra parte, el trabajo agrícola al cual se dedicaba en tiempos pasados el 80% de la población, ahora es ejecutado sólo por el 7% de la misma en los países desarrollados. La enorme migración del campo a la ciudad ha ocasionado un crecimiento explosivo de las

urbes durante el último siglo. Asimismo, la comunicación, los medios de transporte y de información se desarrollaron notablemente. La gente viajaba en carros tirados por caballos, desde tiempos remotos hasta el siglo XIX. Hoy en día se cuenta con automóviles, trenes y aviones que disminuyen a la centésima parte el tiempo de transporte. Otro efecto importante se observa en el crecimiento de la población. El control de la mortalidad, resultante del desarrollo de la medicina, aumentó la edad promedio de la población; las epidemias han sido eliminadas; en mi propio lapso vital la población de nuestro planeta creció de 1.8 a más de cinco mil millones. Cabe en fin, destacar la crecientes posibilidades de bienestar que se ofrecen a la humanidad a partir del desarrollo científico y tecnológico actual; con los medios técnicos hoy disponibles se podría proveer al mundo de comida y alojamiento adecuados, suprimir toda clase de trabajo extenuante y mejorar las condiciones de vida.

Aunque todo esto es factible, sólo ha sido alcanzado; sin embargo, por unos cuantos países desarrollados.

Un factor común muy importante en todos los logros tecnológicos es lo que podría llamarse negativos dobles, la vida se vuelve más fácil, los obstáculos se derriban, las cargas se eliminan; algo negativo se ha anulado.

Este gigantesco resurgimiento tuvo gran efecto en el pensamiento y la filosofía; un ejemplo impresionante fue el espíritu del siglo de las luces, hace doscientos años, pues mientras que las anteriores edades de oro se encontraban en el pasado remoto o en el cielo, en esta época la gente pensó que la edad de oro llegaría a la tierra en un futuro muy cercano, la ciencia y la tecnología satisfacerían las necesidades materiales, de tal manera que sobrevendría el progreso moral y el malestar que sufre la humanidad sería eliminado.

Algunos aspectos del sueño se hicieron realidad, pero el progreso mismo del pensamiento social y filosófico, así como su busto y rápido cambio, siguen planteando serios problemas tanto al pensamiento social como al filosófico. Algunos de ellos ya han sido resueltos, pero muchos aún no han encontrado solución, y es importante hacer hincapié en este hecho.

Permitaseme empezar por el lado positivo del balance general del desarrollo humano en esta era científica e industrial. A mediados del siglo XIX y aún antes, en los inicios de la sociedad industrial, los obreros eran explotados sin misericordia incluso la mano de obra infantil en una jornada laboral de doce horas. Hoy, en cambio la legislación social, sindicatos, los

derechos de los trabajadores, servicios médicos y la pensión a la vejez, entre otros avances con diversos grados de evolución, pueden ser considerados síntomas del desarrollo moral de la sociedad.

En el tercer mundo; sin embargo, la situación es aún deplorable; los beneficios del sistema industrial están en una etapa inferior y no son compartidos por todas las capas de la población. Aunque es cierto que ahora son menos los países sujetos al dominio de las naciones desarrolladas, el poder ha sido transferido de manos extranjeras a manos nacionales de "explotadores" sin aportar mejoría alguna al bienestar general de la población. Estos países deberán en unas cuantas décadas, ponerse al corriente en aquellos que al mundo occidental le ha tomado más de un siglo alcanzar. Esto no puede hacerse sin crisis y desastres.

Llegamos ahora a los problemas sin resolver, es decir, al lado negativo del balance como es, en especial, la contaminación. Principiemos con la contaminación material. La expansión de la tecnología sobre la superficie del planeta produjo efectos en la naturaleza que no pueden ser pasados por alto. En épocas anteriores las superficies y regiones donde la tecnología modificó a la naturaleza, ya sea en su detrimento o en su beneficio, comparadas con las regiones que permanecieron inalteradas, eran pocas. Ahora, se trata de toda la superficie de la tierra. Constantemente aumentamos el contenido de bióxido de carbono en el aire, reducimos las superficies boscosas, contaminamos ríos y mares, agotamos la materia prima; ahora se afirma que el empleo de estaciones de energía nuclear es nocivo para el planeta.

Es muy probable que todos estos problemas puedan ser resueltos técnicamente, aunque no será fácil y ello incrementará los costos de la producción industrial; pero esto no es nada nuevo. También el progreso social incrementó los costos de la producción industrial, y así debió ser, pues éstos deben corresponder no sólo a lo necesario para producir los bienes sino también a lo indispensable para corregir los daños previsibles, tanto a la naturaleza como al propio medio social. El progreso requiere de algunas adaptaciones del desarrollo técnico, pues éste no se puede dirigir sólo hacia las innovaciones y es necesario orientarlo de tal manera que se eviten consecuencias indeseables.

Estos problemas tienen solución, pero sólo bajo determinadas condiciones. Una de ellas es estabilizar el volumen de la población.

Es necesario el control de la natalidad para compensar así el control de la muerte que se alcanzó con los avances médicos, y de esta manera

re establecer el orden de la naturaleza tal como había sido antes. Otra de las condiciones es una situación política razonablemente estable, libre de brotes irracionales o de conflictos alimentados por las emociones o el fanatismo.

Pero la primera y definitiva condición es eludir la guerra nuclear. El peligro de un holocausto mundial es algo así como una muestra de la contaminación espiritual de nuestro pensamiento, más amenazante y letal que la contaminación material. Las tensiones entre los países son inevitables. Siempre han existido, y con frecuencia han conducido a la guerra. Pero antes había vencedores y vencidos, éstos podían retroceder penosamente, y el daño podía ser reparado; aunque no era posible resucitar a los muertos, la vida volvía a seguir su curso. Ahora, todo sería diferente, no habría recuperación posible si unas cuantas de las bombas nucleares se utilizaran en un momento dado. El daño sería irreparable, una catástrofe de dimensiones y severidad insondeables; millones de muertos, daños al ambiente y a la tierra; la radioactividad esparcida por todo el planeta; las operaciones de rescate imposibles; hospitales y ciudades destruidas.

El peor accidente posible de un reactor se hace insignificante si se le compara con el estallido de una sola bomba.

Aún se ignoran cabalmente las terribles consecuencias que provocaría. Los efectos desconocidos seguramente opacan a los predecibles. Los sobrevivientes envidiarían a los muertos. La penetración de la ciencia hasta el centro del núcleo del átomo ha descubierto una nueva clase de energía de la que ahora se abusa con las bombas nucleares. El arma de la tecnología se ha multiplicado por varios millones. Desdichada humanidad si esta arma se utiliza alguna vez para su destrucción.

Las bombas nucleares no son armas béticas, son los medios para un suicidio nacional e internacional. Cualquier ser racional lo sabe, pero la carrera de armas nucleares prosigue. ¿Por qué? La única razón que se puede esbozar para las armas nucleares es la necesidad de refrenar, de impedir una guerra nuclear, pero para esto sólo son necesarios unos cientos de ellas. Lo que presenciamos en realidad es el triunfo de la irracionalidad en una civilización que se llama a sí misma racional: es la apoteosis de la locura. Si acaoso sobrevivimos, nuestra época será vista como la era de una epidemia mental.

La carrera armamentista nuclear muestra la falta de una repulsa moral contra la violencia ilimitada, contra la matanza indiscriminada de víctimas inocentes, ancianos, mujeres y niños. Esta deficiencia moral

ya se manifestaba en la Segunda Guerra Mundial, cuando el bombardeo desenfrenado a las ciudades fue recibido con indiferencia colectiva. Esta atrofia de la residencia moral creció con el paso del tiempo, hasta tal grado que somos capaces de aceptar la carrera de las armas nucleares y vivir tranquilos con su presencia.

El mundo requiere una actitud nueva frente al mandato de la fuerza. Las discrepancias políticas deben ser toleradas: hoy en día es imposible modificar el sistema político de otra potencia por la fuerza. Pero pueblos y gobernantes aún no se percatan de esta situación, y es necesario luchar infatigablemente por la coexistencia de las naciones, propósito que no puede basarse en la mutua amenaza de aniquilación.

Veamos otras formas de contaminación espiritual. Entre los logros de la era científica industrial, sobresale el hecho de que la ciencia y la tecnología nos han proporcionado los medios para combatir el hambre, la necesidad, la enfermedad y el trabajo manual opresivo, lo cual es un ejemplo de abolición de lo negativo.

Pero nos encontramos de vuelta con el negativo doble. La humanidad puede ser liberada de sus cargas. Pero, liberada ¿para qué?

Qué debe uno hacer, ¿si ya no es necesario luchar por la propia existencia?. Si uno se queda consigo mismo, debe encontrar algo, encontrarle un significado a la vida. Excepto para unos cuantos, el trabajo es hoy muy mecánico y sus productos no traen como consecuencia la realización de la persona que trabaja sino la de los ingenieros que desarrollaron la maquinaria. El obrero ejerce poca influencia sobre su trabajo o sobre la empresa de la cual forma parte. ¿Qué ha sido entonces de la dignidad humana, de los motivos y propósitos individuales?. En otras épocas el sentido y propósitos individuales eran proporcionados por la religión, pero el papel de ésta se ha debilitado en los últimos tiempos. En este sentido cobra validez la afirmación de Goethe cuando planteaba que: "Quien posea el arte y la ciencia también poseerá la religión", si se entiende por religión la profunda entrega a una causa más allá de intereses personales, cuyos valores jamás son puestos en duda. Ese sentido de entrega se observa hoy en la comunidad científica, no en todos los sabios, pero sí en algunos de ellos, a partir de la grandeza de las ideas científicas que han desarrollado, tales como el origen del universo, el desarrollo de los astros, la formación de los elementos y las bases fundamentales y moleculares de la vida.

Comprender la fuerza que mueve al universo es una inspiración para el verdadero científico, alienta su

entusiasmo y entrega. Para el no científico, en cambio, no tiene demasiado significado sólo sabe que existen leyes de la naturaleza y que, por tanto, las historias bíblicas no pueden ser verdaderas, la importancia de la ciencia para él deriva sólo de la aplicación práctica de la física, la química o la biología. Los científicos son culpables de esta situación, puesto que no se ocupan suficientemente de informar al público acerca de la grandeza y maravillas de la naturaleza, tal y como la ciencia las ha descubierto.

Con respeto al arte, antes estuvo al servicio de la religión y como tal fue comprendido y reconocido en general. Pero al perder la religión algo de su influencia, el arte adquirió autonomía. Si bien todavía expresaba las ideas grandiosas de su época, sólo era accesible a los estratos más elevados de la sociedad.

El arte contemporáneo, por su parte, expresa las ideas de nuestro tiempo, pero con énfasis en los aspectos negativos. En verdad, está lleno de nuevas ideas y creatividad, pero aún no se acerca lo suficiente a las ideas positivas de nuestra cultura y a la necesidad del hombre de buscar sentido y propósito a su existencia. El arte actual carece de los elementos que destacaron en el arte anterior, en especial la belleza y la esperanza.

Para la mayoría de la gente; sin embargo, ni el arte ni la ciencia significan gran cosa. Qué ocurrirá con el contenido de la vida cuando se hayan satisfecho las necesidades materiales más importantes, tal como ha sucedido en los países desarrollados. Nuestras carencias son psicológicas si no es que económicas, y lo que falta con urgencia es darle a la vida de gran parte de la población un contenido creativo y enriquecedor.

Volvamos al problema original. Representa la crisis actual el fin de la cultura científico-técnica, o se trata solamente del desajuste que ocasiona el tránsito de un periodo de impulso desmedido hacia otro más tranquilo. Aunque es difícil responder con certeza, sé que la respuesta optimista se basa en dos condiciones esenciales: la primera es la abolición del peligro nuclear, espada de Damocles que pende sobre la humanidad; la segunda es dar un contenido creativo y útil a la vida de la mayoría, no sólo a la de unos cuantos. La primera tarea es extremadamente difícil y la segunda puede serlo más todavía. Es necesario avanzar en la humanización de la sociedad industrial, para que ofrezca un sentido de responsabilidad y participación a las mayorías. Necesitamos escapes creativos accesibles a todos, en las distintas actividades humanas, pues no se han hecho suficientes esfuerzos encaminados en esa dirección. Sin embargo, debemos estar alerta para eludir el grave pe-

ligro de buscar esas metas a través de ideologías fanáticas. La humanidad busca con urgencia una respuesta totalizadora para todos sus problemas, y esto conduce a veces a la violencia, odio y opresión, tal como se puede observar en ejemplos recientes de fanatismo. En este sentido, la carencia de una ideología inspiradora puede resultar un elemento positivo y representa desde luego, una ventaja enorme para la minoría creativa. Podrá ser transformada en una ventaja para la mayoría. Ello sería posible si mejorase nuestro sistema educativo y su filosofía; si se encaminasen hacia la comprensión de acercamientos "complementarios" a los problemas de la vida. Debemos entender que el mundo no puede ser comprendido si se le mira sólo desde un lado. Tenemos necesidad de lo científico, emocional, artístico, y quizás también del enfoque religioso para lograr la totalidad de la experiencia humana. Muy a menudo estos aspectos parecen como contradictorios, pues iluminan nuestras percepciones desde ángulos distintos. Todos los acercamientos son necesarios para enfrentar los problemas y desafíos de nuestra existencia, y para alcanzar así una vida digna. Mientras un gran número de seres humanos tome conciencia de la necesidad de encontrar nuevas formas de pensar y actuar para resolver los problemas primordiales de nuestro tiempo y forjar una vida plena de significado para todos, todavía queda lugar para la esperanza.

El hombre que no puede correr ni mucho ni muy rápido, se ha provisto de pies artificiales con los que puede moverse más rápido que cualquier animal, no sólo en la tierra sino también bajo el agua o en el aire. Su vista no es muy buena, pero la ha reforzado con anteojos, telescopios y microscopios.

Con los satélites artificiales puede ver cuantos elefantes hay en una llanura africana o cuantos cohetes teledirigidos están en Novosibirsk.

Como su voz no es muy buena, tiene ahora la posibilidad de enviarla por medio de la radio a dar la vuelta a la tierra o a la luna, si bien lo desea.

Aparte de su memoria genética, tiene ahora los libros, fotografías y cintas para guardar todo el conocimiento que adquiera para siempre. Además todos los libros que en la actualidad poseemos, se pueden poner, gracias a la computadora, en una pequeña habitación en la cual un investigador puede encontrar en cinco minutos la información que de otra manera, le hubiese llevado toda la vida buscar. Más aún, estas prótesis se pueden separar del cuerpo y se puede enviar una sonda a ver el otro lado de la luna o al interior del útero para ver un embrión humano en desarrollo.

Los primeros artefactos solamente sirvieron para

fortalecer el cuerpo humano, la macana es extensión del brazo, el zapato endurece el pie, la ropa protege a la piel sin pelo. Pero la tecnología no sólo imita a la naturaleza, después de todo el arco y la flecha, o la rueda no existen naturalmente sino que son una especie de naturaleza artificial.

En todos estos desarrollos técnicos, podemos observar tres etapas: el primero, la energía guiada por la inteligencia humana, el teléfono con operadora, segundo la máquina, en la cual la energía humana se sustituye por una fuente de energía, pero está aún controlada por algún ser humano, el teléfono automático con clave, por último la máquina, los sistemas de contestación y registro automático. Esta tendencia está en todo lo que vemos, desde el ajuste automático de la carburación del automóvil al reloj que se da cuerda sólo. Lo que es curioso, es que esta automatización se haya presentado como algo a que temer, cuando es el fenómeno más natural y la mayor parte de nuestras funciones corporales como la respiración, el latido cardíaco, las secreciones hormonales y la marcha son automáticas.

Por otra parte, pareciera que aunque la humanidad clama por una ciencia y tecnología controlada, cuando se presenta un accidente en aviación se les atribuye a un error humano y los choferes borrachos causan más accidentes que los defectos de funcionamiento en los automóviles y los incendios en la cama son causados con frecuencia porque el fumador se quedó dormido, que por cortocircuitos en la cobija eléctrica.

Hablar románticamente del pasado como si todos los males de la humanidad dependieran del progreso y de la ciencia, es ignorar la historia, es negar que si bien es cierto que es malo que se haya destruido a Hiroshima, Atila exterminó a miles de personas, Genghis Kahn pasó a cuchillo a toda la población de Bagdad y un Califa quemó la biblioteca de Alejandría.

Cuando vemos una romántica pintura de una villa medieval no recordamos que esa población tenía el olor terrible derivado de la convivencia con los animales y la falta de drenaje y que millones de personas perecieron en esos idílicos lugares de peste bubónica en el siglo XIII.

Los bellos edificios del Renacimiento, carecían de los más elementales sistemas de agua o calefacción y los hermosos veleros navegaban con base en el sufrimiento y escorbuto de sus tripulaciones. Sigue de que cuando algún artefacto pierde su utilidad, se le romántiza y se le considera elegante.

Cuando se principió a usar la máquina de escri-

bir, se consideraba de mala educación usarla para enviar notas personales, cuando decíamos que la producción en masa va en contra de las leyes de la naturaleza, olvidamos que así es como funciona la naturaleza desde las semillas de un fresno hasta los espermatozoides de un hombre.

Debemos estar conscientes que no nos rodea el medio ambiente sino que somos parte de él, que este medio ambiente lo forman también los avances tecnológicos que hemos creado, que las prótesis que aumentan nuestra vista y nuestro oído, son en realidad parte de nuestro propio cuerpo.

Que no aceptar lo dañino es parte del ser humano, que corregir errores es función de nuestra mente, que la ciencia y el progreso son menester a el hombre, que son parte del mismo y no monstruos que lo acechan para destruirlo.

Por otra parte, la organización de las sociedades trajo como consecuencia la delimitación de funciones de algunos de sus miembros con lo cual adquirieron privilegios, pero también responsabilidades.

En las sociedades primitivas el Shaman tiene funciones religiosas y médicas al mismo tiempo aunque goza del respeto de la tribu debe también sujetarse a normas estrictas de vestuario y conducta, imponiéndose por lo general castidad y ayunos con objeto de tener el prestigio moral necesario para que los demás miembros de la tribu sigan sus indicaciones y al mismo tiempo le proporcionen lo necesario en habitación y sustento.

Los médicos, descendientes de estos individuos, también tenemos que guardar principios rígidos de conducta y nuestras acciones deben de estar subordinadas a ellos si es que queremos tener el respeto de nuestros pacientes, la sociedad y de nosotros mismos.

Podemos dividir estas obligaciones en distintos grupos con fines de clasificación, pero en realidad el individuo es uno y sus acciones tienen que ser congruentes con todos y cada una de las personas que lo rodean.

Con el paciente, el médico tiene sin duda la mayor obligación, debe tratarlo con todo el respeto que se le debe a un ser humano sobretodo si esta enfermo y está depositando su fe y esperanza en nuestra persona para recobrar su salud.

Este respeto es más que el trato adecuado que sólo es una parte del mismo, es considerar que los problemas que esta persona sufre son en ese momento lo más importante para él, pero que cuando nos lo comunican deben tener la misma importancia para no-

sotros. Ese respeto consiste en que si no sabemos o no podemos interpretar en forma correcta y oportuna sus quejas debemos de admitirlo y solicitar ayuda y consejo de otro u otros colegas.

Ese respeto consiste en que no debemos abusar de su dolor para lograr desmejorados beneficios económicos, ni debemos recargarlo con estudios de laboratorio y gabinete en forma exagerada para impresionarlo.

Este respeto consiste en seguir de cerca su evolución, modificar el tratamiento si es necesario, sin esperar en forma innecesaria a que se presenten complicaciones para actuar.

Ese respeto consiste en manejar el dolor cuando no se puede hacer otra cosa y hacer lo menos terrible el fallecimiento cuando éste no se puede evitar.

La vida es clara, undívaga y abierta como el mar dice el poeta Barba Jacob y como el río de Jorge Manrique que a él regresa debemos dejarla volver cuando no haya otra opción sin recurrir al uso de inútiles y costosos artefactos y técnicas que sólo prolonguen dolor y angustia de nuestros pacientes y familiares.

Momentos de difícil decisión sin duda alguna en el cual nos ayuda la sabiduría eclesiástica que dictamina que es deber del médico prolongar la vida, pero no la agonía.

Tal vez lo más malo no es cuando el paciente fallece, ya que; no obstante, de ser traumático, es pasajero, sino enfrentarse al enfermo crónico, al que quedó inválido, al que cuesta dinero y llena las salas de los hospitales y nos recuerda día a día de nuestro fracaso. A ése es al que no debemos olvidar, ni tratar de eliminar de nuestra vista, espejo humeante de Tezcatlipoca que nos recuerda nuestros pecados; no debemos huirle sino de aceptar nuestra responsabilidad, procurar su rehabilitación, ayudar a que no destruya la armonía familiar y no olvidarlo en forma triunfalista cuando al escribir nuestros resultados para las revistas médicas se minimice su situación y se hable en forma escueta de sobrevida de importante porcentaje de pacientes, a una intervención, sin valorar la categoría de esa sobrevida que de ser muy mala es peor que la muerte.

Con los familiares, la ética del médico le manda el dar la información en forma pertinente y oportuna, ajustando el lenguaje al grado de educación del oyente, no es correcto querer impresionar con lenguaje rimbombante a personas angustiadas por la enfermedad del ser querido.

Sin embargo, las explicaciones deben ser tam-

bien prudentes para no causar conflictos que agraven las relaciones sin ayudar en nada al paciente es obligación del médico informar al cónyuge que el otro tiene SIDA porque esta enfermedad es transmisible, pero no es necesario informarle que tuvo una hemorragia cerebral durante un acto sexual extramarital, puesto que no tiene importancia como prevención y sí causa problemas innecesarios.

Con los colegas debe de tenerse un alto grado de respeto y confianza.

El denigrar a otro médico, el decir a los familiares que lo que hizo está mal hecho y que aún le causó daño sólo para después decir y ahora sí yo lo voy a aliviar, es tener una actitud errónea y grosera que puede llegar a lo criminal, si por causa de ello el colega sufre un acto agresivo de parte del paciente o de sus familiares.

Hagamos nuestro mejor esfuerzo, busquemos la mejor solución y tendremos el mejor resultado y una conciencia tranquila y si después de hacerlo el resultado no es lo gratificante que se esperaba, hay que tener el valor de aceptar la derrota, de enfrentarse al fracaso y de no culpar de nuestros errores o limitaciones a otros. Es fácil decir, el anestesista, la enfermera, el ayudante, pero ésta no es la actitud de un ser humano que como el médico ha escogido libremente desempeñar un trabajo en el que se pueden tener triunfos y agradables momentos pero también fracasos y amarguras.

Es necesario compartir la información de los avances en el campo médico, tener siempre un gesto de colaboración y amable trato para los que como nosotros luchan en este universo de la medicina. El menospreciar a otro médico por pensar que su acción no es tan importante como la nuestra, es ignorar que la salud es el funcionamiento normal de todos y cada uno de nuestros órganos y si bien la falla de algunos produce la muerte, la falla de cualquiera de ellos produce enfermedad, dolor e incapacidad.

Si bien las responsabilidades del médico son muchas para con los demás y cuando en ellas fracasa esto, es rápidamente reconocido, existen otras que son consigo mismo y cuya falta no se hace pronto aparente, pero cuando lo hace deja al descubierto un grave problema interno.

El médico debe ser un estudioso permanente, tarea difícil porque requiere el conocimiento de idiomas que les permitan conocer la literatura mundial, tiempo y dinero para asistir a las reuniones, congresos y cursos que le permitan actualizarse.

La ciencia médica es cada día más amplia y cada vez es más difícil el poder dominarla, pero con

empeño y tesón, podemos conservar nuestros conocimientos al día. Si no los tenemos, mal podremos desempeñar con acierto nuestra función.

El adquirir conocimientos para uno sólo, es un acto egoísta y por lo tanto, poco ético, los conocimientos son para compartirlos. La enseñanza a los estudiantes de medicina, residentes, enfermeras y a todo el personal de la salud que lo requiera, es una función que aparte de ser necesaria, es gratificante porque allí en poco tiempo vemos nuestros esfuerzos retribuidos con la mejoría académica de las personas que nos rodean.

Esta es la forma de perpetuar el pensamiento humano y nuestra propia vida.

El individuo aislado poco vale y casi nada logra. El hombre es un animal gregario, gusta de la compañía de sus semejantes y los necesita para sus juegos y celebraciones. El rito o la política requieren la congregación y si así es, ¿Por qué en un momento de duda no tener en la medicina esa relación?. ¿Por qué no queremos aceptar nuestras limitaciones?. Si esa hubiese sido la actitud de nuestros antepasados que hace 15,000 años en estas tierras cazaban al bisonte y al mamut no hubiese sobrevivido, ya que nunca habría podido lograr un individuo este tremendo cometido, que al grupo sí hacia, y de cuyo éxito dependía la sobrevivencia de todos. Si no podemos

hacer algo llamemos a nuestra ayuda a alguien que nos auxilie, sin pena, sin sentimiento de frustración, sólo los semidioses como Hércules, podrían por sí mismos llevar a cabo trabajos heróicos.

El hombre vive en sociedad y el médico debe de pertenecer a las sociedades médicas y en ellas desarrollar su esfuerzo si es que realmente es humano.

Decir despectivamente que son pérdida de tiempo o que no aportan nada es una muestra de insolencia, producto de la ignorancia.

Es fácil criticar, lo que es difícil es hacer las cosas mejor que los demás y la acción del médico no debe limitarse a la relación con sus pacientes, sus colegas o su hospital, sino que su ética médica debe influenciar a su familia, amigos, y a toda la sociedad en general.

Un hombre que puede ser guía de la sociedad y marcarle con su conducta personal el ejemplo que los demás deban seguir es el médico, con principios firmes, conducta recta, mente clara y por ende, con conciencia tranquila.

Dr. Humberto Mateos Gómez  
Editor